

tido de nadie no le he codiciado, como vosotros bien sabeis; porque estas manos han trabajado para suplir las necesidades mias y de mis compañeros.» Y aunque en la carta que escribe á los corintios prueba con muchas razones, que es lícito al predicador, y que tiene derecho á recibir el sustento de sus oyentes; «pero yo, dice ¹, no he querido usar de esta potestad, sino antes sufrir toda necesidad y trabajo, por no poner algun estorbo ó impedimento al Evangelio de Jesucristo; ni quiero que se haga nada conmigo, porque tengo por mejor morir que no que me pueda dar nadie en rostro de que he recibido algo de él, y que ponga mengua en la gloria que tengo de haber predicado sin haceros gasto y sin admitir la costa.» Tanta fué la limpieza con que predicó este santo Apóstol, y tan lejos quiso estar de cualquier color y apariencia de codicia. Qué haya sentido nuestro santo Padre en este punto, no hay para que detenernos en decirlo, porque se hallará fácilmente lo mucho que acerca de él nos dejó escrito en las Constituciones, y arriba queda dicho no poco del amor de la santa pobreza, y ejercicio de ella.

¹ I Cor IX, 12, 15.

CAPÍTULO XI.

PROSIGUE EL MISMO INTENTO DE LA SINCERIDAD DE INTENCION QUE DEBEN TENER LOS PADRES Y MAESTROS ESPIRITUALES.

QUERIENDO el Apóstol dar razon á los tesalonicenses de la limpieza con que habia predicado el Evangelio, sin pretender jamás tomar ocasion de él para enriquecerse; y lo que es consiguiente á esto de la entereza con que habia dicho la verdad, sin tratar de lisonjear á nadie, juntó tambien con esto la pureza de su intencion, que ni de ellos ni de otros no habia pretendido honra ni alabanza, porque este apetito de la gloria humana, no menos que del dinero, suele ser causa de adulterar la palabra divina, y convertirla en mentira y en lisonja. «Nunca, dice ¹, conversamos entre vosotros con palabras lisonjeras, como todos sabeis; ni queriendo tomar ocasion de avaricia, como Dios es testigo; ni buscando gloria humana, ni de vosotros, ni de otros ningunos.» Este vicio se suele arrimar demasíadamente á los predicadores ó maestros de la vida espiritual, porque aunque entran en este oficio con deseo de aprovechar á sus prójimos, como se sigue las más veces el favor y estima y alabanza de los mismos prójimos, aficionados y saboreados de esto suelen torcer la proa,

¹ I Thesal. II, 5, 6.

y volver las velas á donde cojan harto de este viento, y acomodar su doctrina á conservar y aumentar su buen crédito más que al provecho de sus oyentes. En lo cual tienen menos fidelidad para con Dios, que en otra cosa ninguna, pues se atraviesan á tomar para sí la honra que á él solo se debe, y quitan la fuerza á la palabra para que quede sin provecho. Esta honra vana, unos la ponen en tener muchos oyentes, ó penitentes, ó discípulos; otros en que éstos sean príncipes y señores, ó gente de mucho lustre en el mundo; otros finalmente en que sean hombres muy espirituales y conocidos por tales, porque todas estas tres cosas descubren alguna excelencia en el padre espiritual, y causan reverencia y estimacion de los hombres. Esta debieran despreciar los maestros del espíritu, tanto cuanto predicán que debe ser despreciada; pero como buenos pilotos navegan las más veces con viento contrario, y con lo mismo que dicen mal de ella, la pretenden.

Los que ponen su honra en la muchedumbre de los que los siguen y buscan, son muy semejantes á los príncipes, ministros y jueces, de los cuales dice la Sabiduría¹, que se agradan y se contentan de sí mismos por la turba de los pueblos que andan tras ellos. Porque suelen fundar su autoridad y grandeza en que mucha gente los busque, y los espere y pretenda su audiencia, y vaya y venga muchos días sin alcanzarla; como quiera que los que la alcanzan suelen sacar poco más provecho que los que se van sin ella, porque muchas veces no atienden, y los más no entienden, y se retiran á descansar contentos con haber hecho aquella representacion de majestad. ¿De qué sirve querer trasladar estos vicios y

¹ Sap. VI, 3.

vanidades seglares, á los ministros del espíritu, en los cuales es menester instruir, consolar, medicinar, y alimentar á todos, y á cada uno en particular? Con razon dijo nuestro padre Claudio¹: Débese procurar con toda diligencia que nuestros confesores no se alegren más con el número de los penitentes, que con el fruto espiritual de ellos; antes tengan mayor solicitud de que sus penitentes sean promovidos á la verdadera contricion, y que enmienden sus vicios, y de que sean enderezados y adelantados en el camino del espíritu. En verdad nuestro Salvador, aunque le seguia mucha gente, ningun enfermo dejó de curar, todos volvian de su presencia sanos, como varias veces notaron los Evangelistas. Y aunque tuvo una vez cuatro, y otra cinco mil convidados, tuvo empero cuidado y providencia, para que todos fuesen satisfechos y hartos². Y lo que en nuestro propósito es digno de ponderacion³: yendo una vez tan cercado de gente que le apretaba y afligia, reparó en una devota mujer que tocó su vestido, creyendo que con este remedio habia de sanar de una molesta enfermedad que padecia, y dijo: ¿Quién me ha tocado? dando ocasion á los apóstoles para que reparasen y dijessen: Maestro, las turbas te aprietan, y te afligen, y tú dices: ¿Quién me ha tocado? No, dijo el Señor, alguno me ha tocado, porque yo he sentido la virtud que ha salido de mí; mostrando con esto claramente que ningun caso hacia de los que le seguian, sino de los que se aprovechaban de seguirle, y que no contaba el número de los que le tocaban, sino aquellos solos que con su virtud los tocaba él, pues atropellándole en esta ocasion las turbas dijo que le habia tocado sólo uno.

¹ Instr. pro Conf. n. 12.—² Marc. VIII, 1-9; Joann. VI, 5-11.

—³ Luc. VIII, 43-46.

En el punto de tratar los príncipes ó personas grandes, en que algunos ponen tambien su autoridad, no sé si se puede decir más ni mejor que lo que nuestro santo Padre nos dejó dicho en sus Constituciones. Porque primeramente si estas tales personas tratan en la verdad del aprovechamiento de sus almas, y de ajustar sus acciones con la ley de Dios, el ayudarles es ocupacion de mucha estima y que se debe anteponer á otros empleos. Dícelo el santo Padre por estas palabras ¹: *Porque el bien cuanto más universal es más divino, aquellas personas y lugares que siendo aprovechados son causa que se estienda el bien á muchos otros que siguen su autoridad ó se gobiernan por ellos, deben ser preferidos. Así la ayuda espiritual que se hace á personas grandes y públicas, ora sean seglares, como príncipes y señores y magistrados ó administradores de justicia, ora sean eclesiásticos, como preladados, y la que se hace á personas señaladas en letras y autoridad, debe tenerse por de más importancia, por la misma razon del bien ser más universal, etc.* Por esta misma causa quiso que se haga oracion especialmente por estas personas, porque tratando de las cosas en que la Compañía puede ayudar á sus prójimos, dice así ²: *Asimismo se ayuda al prójimo con los deseos ante Dios nuestro Señor, y oraciones por toda la Iglesia, y en especial por los que son de más importancia para el bien comun en ella.* Y añade en la declaracion ³: *Como son los príncipes, eclesiásticos y seglares, y otras personas que mucho pueden ayudar ó estorbar el bien de las almas y el divino servicio.* Por esta misma causa, y con este intento del bien de las almas, se debe procurar conservar el amor y benevolencia de tales personas. *A lo mismo, dice el santo Padre ⁴, en general sirve procurar de*

¹ P. 7, c. 2, lit. D.—² P. 7, c. 4, § 3.—³ Lit. A.—⁴ P. 10, § 11.

mantenerse siempre en el amor y caridad de todos, áun fuera de la Compañía, en especial de aquellos cuya buena ó mala voluntad importa mucho para que se abra ó cierre la puerta para el divino servicio y bien de las ánimas, etc. Y en la declaracion dice ¹: *Principalmente se mantenga la benevolencia de la Sede apostólica, á quien especialmente ha de servir la Compañía, y despues de los príncipes temporales, y de personas grandes y de valor, cuyo favor ó disfavor hace mucho para que se abra ó cierre la puerta del divino servicio y bien de las almas.*

Pero ¿con qué medios se han de ganar y conservar estas benevolencias? no cierto con los que suelen usar los seglares, sino con medios religiosos, siendo humildes, mansos, sufridos, nada entremetidos, provechosos al bien público, y celosos del particular de los pobres y de los rudos; procurando el bien espiritual de los príncipes y señores, cuando nos llaman; y cuando no nos llaman, dejándolos sin querer entrar importunamente por sus puertas. De esta manera nuestros primeros padres ganaron estima y veneracion para sí y para su Religion. Porque si huelen que hacemos honra de tratar con ellos, ellos al contrario la hacen de servirse de nosotros como de criados: y en disfrutándonos en lo que somos de provecho para sus intentos, nos arrojan de sí, y desprecian nuestro espíritu y Religion, porque no tuvimos ánimo para despreciarlos á ellos; y con pretexto de ganarlos para Dios nos perdemos á nosotros, y caemos en la enfermedad del aulicismo, esto es, de la desordenada aficion de estar en las cortes y palacios, y de entrar en amistad con los príncipes, que viene á parar en seglaridad de las costumbres. Oigamos lo que acerca de esto nos dejó es-

¹ Lit. B.

crito nuestro padre Claudio de buena memoria. «Esta enfermedad, dice¹, es peligrosa y se va entrando, sin entenderlo áun los mismos que la padecen, con color de ganar los príncipes, los prelados y magnates, de hacerlos amigos de la Religion para mayor servicio divino, de la ayuda que puede resultar de aquí para los prójimos, etcétera. Pero en la verdad buscámonos algunas veces á nosotros mismos, y poco á poco declinamos á la seglaridad; por lo cual se debén con cuidado prevenir los males y atajarlos con diligencia en sus principios. Conviene, pues, atender á las señales por donde se puede conocer este mal, y entre otras no poco le descubren las que se siguen. Si los visita uno frecuentemente; si cuando se detiene sin visitarlos siente pena con el deseo de verlos y tratarlos; si siente el mismo afecto á sus cosas y negocios como si fueran propios; si de buena gana se encarga de negocios seglares; si los trata sin que su superior lo sepa; si estos príncipes y magnates los gana para sí y no para su Religion; si empieza á tener en poco y como á desdeñarse de la obediencia y de la observancia; si los ministerios de la Compañía y lo demás que tiene menos resplandor lo juzga por de poca importancia; si le parece que él no nació sino para cosas grandes; si por buscar comodidades y cosas más curiosas empieza á llevar molestamente nuestra pobreza; si tiene en poco y desprecia el trato de los nuestros, principalmente de los más sencillos; si sufre mal al superior que le avisa de estas cosas, como si naciera de envidia y de malevolencia. Porque si hay éstas ó semejantes señales, cierto es que su espíritu está tomado de este humor, y lleno de esta enfermedad, aunque le dé á entender otra cosa su inten-

¹ Industr. c. 15.

ción engañadora y engañada.» Todo esto es de nuestro padre Claudio. Y en lo que toca á las visitas y la comunicacion familiar (que es la puerta por donde entra este mal, y el incentivo con que crece y se arraiga) ya lo tenia prevenido nuestro santo Padre en la sexta parte de las Constituciones, donde dice así¹: *Ni tampoco usen visitar semejantes personas grandes, si no fuese por respeto santo de obras pias, ó cuando fuesen íntimamente benévolos en el Señor nuestro, que parezca ser debido á las veces el tal oficio para con ellos.* Porque de lo demás ¿qué se puede esperar sino que no tratándolos con el espíritu que conviene para vencer su seglaridad, que su seglaridad ahogue nuestro espíritu, y traigamos á la Religion las leyes y sentimientos del mundo, tanto más malos de corregir y de remediar, cuanto se visten con el hábito de la Religion, y se mezclan con otros ejercicios y sentimientos religiosos? Así nos sucede lo que á Giezi², que porque se acodició de los vestidos de Naaman príncipe y privado del rey de Siria, se le pegó su lepra también, más incurable y de peor calidad, porque la de Naaman se curó con agua del rio, y la de Giezi se le pegó á él y á todos sus descendientes para siempre.

¹ C. 2, n. 9. — ² IV Reg. V, 27.

CAPÍTULO XII.

DE OTRAS DOS COSAS EN QUE SE SUELE TORCER
LA INTENCION DEL PADRE ESPIRITUAL.

VENGAMOS á los que ponen su vanidad en la santidad y aprovechamiento de sus hijos espirituales; y es así verdad, que cuando el tiempo y la ocasion lo piden para mayor gloria de Dios, y para que otros muchos se aprovechen de su doctrina, ningun modo hay más eficaz y más modesto de acreditarse, como es el aprovechamiento de los que frecuentan su doctrina. Porque los médicos se acreditan por sus curas, y todos los oficiales por sus obras, y el apóstol san Pablo escribe á los corintios ¹: «¿Por ventura tenemos necesidad de cartas de recomendacion vuestras ó para vosotros? Vosotros sois mi carta; porque es cosa manifiesta que sois carta en que está escrito Jesucristo por ministerio mio, pero no con tinta, sino con el espíritu de Dios vivo.» Pero esta alabanza que es tan sólida en los que sencillamente pretenden la gloria de Dios, se hace vana en los que por este camino pretenden la de los hombres; cuyo indicio es el poco recato, ó por mejor decir, imprudencia con que comunican indiferentemente á todos los favores que hace Dios á sus hijos espirituales, subiéndolos de punto, y hallando casi en todas las cosas misterios y milagros.

¹ II Cor. III, 1-3.

De esta manera tienen siempre, como los pintores, dos ó tres santos ó santas á la puerta de su tienda, patentes á los ojos de todos, para que por ellos descubran la excelencia de su arte. No trato ahora de los inconvenientes que resultan de esta falta de secreto, en unos de vanidad, en otros de envidia y emulacion; y cuán necesario es esconder los dones de Dios, principalmente en los principiantes é imperfectos, de los demás, porque no los ahoguen con sus alabanzas, y de los mismos que los poseen (como solemos esconderles á los niños sus joyas, porque no las pierdan). Solamente digo á nuestro propósito, que no es siervo fiel, ni aún prudente, el que vende su trabajo por un precio tan vil, como es esta vana opinion de los hombres. Si quiere guardar la debida fidelidad, escóndase y dé lugar á que obre Dios en lo secreto y escondido de los corazones, y sea glorificado en todos y de todos como autor de todos los bienes. Pues, como dice el Apóstol ¹: Ni el que planta es nada, ni es nada el que riega, sino Dios que da la virtud y el aumento.» Con este espíritu responde san Bernardo á un monje que le reconocia por padre y por maestro de su espíritu. «Tú, hermano, dice ², reconoce que has sido prevenido en bendiciones de dulzura, no de mí que soy nada, sino de Aquel que con su gracia me previno á mí para que te amonestase de lo que convenia á tu salud. Porque cuando mucho quieras atribuirme á mí, soy el que planto, soy el que riego, pero sin Aquel que da el aumento, ¿qué soy? A él te sujeta con toda humildad, á él te arrima con toda devocion, y sírvete de mí como de siervo de este Señor, consiervo tuyo, compañero en la peregrinacion, y que ha de ser juntamente heredero en la gloria.»

¹ I Cor. III, 7.—² Epist. 146.

En el último lugar propusimos que había algunos maestros y padres espirituales, que ya que no pretenden otro interés ni honra de su ministerio, pero quieren ganar el amor y la benevolencia de sus hijos ó hijas espirituales, y fundar amistad humana con los que habían de procurar adelantar en el amor divino. Y que esto sea también un género de infidelidad en los ministros de Dios, ello mismo se lo dice, y se saca de lo que dice *Contemptus mundi*: No pretendas ser especialmente amado de otros, ni que los otros se ocupen contigo en su corazón, porque esto á solo Dios pertenece; y lo que pertenece á solo Dios, no quiera usurparlo para sí el hombre; y ya que se encarga de enseñar á las almas el camino para hallar á Dios, no las entretenga y embarace, de manera que no puedan andar por él. Andando la Esposa á buscar á su amado ¹, y no habiéndole hallado, ni en su recogimiento de noche, ni por las calles y plazas de la ciudad, añade: «Halláronme las centinelas que guardan la ciudad: ¿Habeis visto por ventura el que ama mi alma?» Sobre las cuales palabras pondera muy bien y á nuestro propósito san Bernardo: Convenia, dice ², que la Esposa pasase por ellos, porque había de conocer por medio de ellos la verdad; pero también convenia que pasase un poco más adelante de ellos, porque si no pasara más adelante, sin duda no hallara al que buscaba. Y no dudes sino que ellos mismos le persuadieron esto; porque no se predicaban á sí sino á Cristo Señor suyo, el cual está sobre y más adelante de ellos. De esta manera advierte san Bernardo á los padres espirituales, que no exhorten á la renunciación y á desembarazar el corazón de todo lo criado, para entrarse ellos

¹ Cant. III, 1-3.—² Ser. 79 in Cant.

en él y ocuparle, que es un agravio grande para las almas, y descortesía muy fea para con Dios; sino que hagan su oficio con la fidelidad que le hizo el sacerdote Helí con Samuel, el cual siendo muchacho, y no teniendo uso ni experiencia de hablar con Dios, llamándole Dios se iba á responder y hablar con Helí: ignorancia en que están muchas personas, que les parece que para un momento que están con Dios han menester muchas horas para comunicar con el confesor, y aún ese momento que están con Dios le gastarán muchas veces pensando lo que han de decir al confesor. Sean las tales industrias del mismo confesor (como les advierte san Bernardo) que no se deben detener en él ni con él, sino pasar más adelante de él, si quieren hallar á Dios nuestro Señor, que está sobre todos y sobre él. Así lo hizo Helí, que entendiendo que era Dios nuestro Señor el que llamaba á Samuel, no le detuvo consigo, esperando que le hablaría Dios delante de él, sino antes le dijo ¹: Vuélvete, hijo, y duerme, y si te llamare otra vez, dirás: Habla, Señor, que tu siervo oye. La cual instrucción fué brevísima y suficientísima con tres cosas que le encomendó que hiciese de su parte. La primera volverse; esto es, á su soledad y recogimiento, la segunda dormirse, y si por este sueño entendemos, como lo entiende san Gregorio sobre este lugar ², la contemplación, tanto fué como decirle que se quietase y se recogiese dentro de sí mismo, sin dar lugar á la vagueación de los sentidos. La tercera, que oyese, esto es, que estuviese atento á entender la voluntad de Dios, y pronto para cumplirla; y con estas tres palabras le despidió de sí, estando cierto,

¹ I Reg. III, 9.—² Lib. 2 expos. in lib. 1 Reg. c. 3.

como sucedió, que cumpliéndolas se disponia para que le comunicase Dios sus secretos y le fiase su amistad.

De lo contrario, conviene á saber, de las aficiones particulares, y largas y frecuentes conversaciones, principalmente con mujeres, se siguen gravísimos inconvenientes; y los menores son murmuraciones, quejas, celos, y contenciones sobre quien tiene más parte en el padre espiritual, cosas todas muy ajenas de los que tratan de espíritu; y á los que se dejan llevar de ellas los llamó por esa causa el Apóstol carnales, porque sentian como hombres, y se gobernaban por afectos humanos. Y así dice á los corintios ¹: Habiendo como hay entre vosotros celos y contenciones, ¿por ventura no sois en eso carnales? esto es, que os gobernais por sentimientos de carne y sangre, y procedeis como hombres segun los afectos humanos? Porque como el uno diga, yo soy de Pablo, y otro diga, yo soy de Apolo, en esto, ¿por ventura no mostrais que sois hombres? Pero diré, que estos afectos humanos con el descuido de los hombres, y cuidado de los demonios que no duermen, se suelen torcer, de manera que vienen á ser menos puros y castos; y los que llamó el Apóstol carnales, porque eran humanos, y no segun Dios, lo vienen á ser de veras, aunque al principio parecia que se fundaban en espíritu. San Buenaventura pone siete señales ó indicios para conocer, y distinguir el amor si es espiritual ó lo va dejando de ser ². Pero, ¿qué son menester para esto señales? Basta para cautela de todos la caída de algunos, y saber que es posible hacer esta mudanza tan monstruosa, para desviarse muy lejos del peligro de ella. Principalmente sabiendo, como dice el mismo santo, que el demonio anda

¹ I Cor. III, 3, 4.—² Proces. 6, Relig. c. 6.

tan cauteloso y astuto en este negocio, que no se declara ni descubre la tentacion hasta que el amor está tan trabado y tan pegajoso y tenaz, como la liga con que se prenden las avejillas; porque entonces el demonio se quita la máscara; y se halla preso de la ocasion y vencido de la tentacion, el que por no haber sentido antes la tentacion se habia asegurado para no huir de la ocasion. Y concluye el Santo con estas palabras: Nuestro perverso enemigo es tal que no se deja vencer del tedio, ni se cansa con el trabajo, ni con la diuturnidad, como él pueda, aunque sea despues de muy largo tiempo, salir con su intento; porque no tiene otro negocio, ni otra ocupacion, ni otro cuidado, sino atender á derribar los buenos y á empeorar los malos, y detenerlos en sus vicios, y estorbarles su conversion y aprovechamiento.

Sea pues la conclusion de todo lo dicho, que el maestro espiritual que da á otros los ejercicios tenga siempre delante de los ojos la mayor gloria divina y provecho de los que tratan con él, sin buscarse en nada á sí mismo. De manera que todos se satisfagan que no hace negociacion de la palabra de Dios para su autoridad ó para su interés, ó para sus vanas alabanzas, ó para su entretenimiento. En sus palabras y en su modo de proceder ande siempre manifiesta la sinceridad de su intencion, de manera que se lleguen con seguridad las almas (que son las aves del cielo) á beber de las aguas claras de su fuente, y sustentarse con el pan de su doctrina, y se persuadan que el grano de la palabra de Dios, que les pone delante es para alimentarlas y no para cazarlas. Lo cual resumió nuestro santo Padre en una palabra cuando dijo ³, que para ayudar á las almas son

³ Part. 10, § 2.

más eficaces los medios que disponen al instrumento para que se rija bien de la divina mano, que no los que le disponen para con los hombres. *Como son, dice, los medios de bondad y virtud, y especialmente la caridad y pura intencion del divino servicio y familiaridad con Dios nuestro Señor en ejercicios espirituales de devocion, y el celo sincero de las ánimas para gloria del que las crió y redimió sin otro algun interés.*

CAPÍTULO XIII.

DE LA FIDELIDAD QUE DEBE GUARDAR EL MAESTRO PARA CON DIOS, CUANTO AL EJERCICIO ESPIRITUAL.

NO basta que el maestro padre espiritual que da los ejercicios sea fiel quanto á las personas que trata, no pretendiendo de ellas ningun interés para sí, como habemos declarado en los capítulos pasados, sino que ha de pasar más adelante y ser fiel para con Dios, esto es, que él mismo provecho espiritual de las almas, no le quiera encaminar por medios salidos de su traza y de su gusto, sino por los que entendiere que son conformes á la voluntad de Dios, ni quiera prevenir la divina inspiracion, sino que la siga y se acomode á ella en todo. De esta manera el celo de las almas tendrá las dos calidades que dijo nuestro santo Padre ¹, que eran necesarias para

¹ Part. 10, § 2.

ser celo puro y sincero: primera, que sea para gloria del que las crió y redimió; segunda, que sean sin ningun otro interés. Hemos tratado de esto segundo, y declarado cómo el que da los ejercicios se debe desnudar de todo propio interés; resta tratar de lo primero, que sea para gloria del que las crió y redimió. Y esto no consiste solamente en la intencion del que da los ejercicios, esto es, en que no pretenda en darlos sino la gloria y servicio divino, porque esto lo mismo es que tener la intencion recta y no pretender para sí ningun provecho ó interés. Consiste pues el punto que tratamos no solamente en la intencion recta respecto del que los da, sino en enderezar los mismos ejercicios respecto del que los hace, conforme al beneplácito divino, conviene á saber, que el que se los da los disponga y gobierne, no conforme á su gusto, ni conforme á su dictámen ó inclinacion, sino conforme á la divina inspiracion y á lo que entendiere que quiere Dios de su ejercitante, para mayor gloria de su divina Majestad. Este es el segundo punto que propusimos arriba, de la fidelidad que debe tener el padre espiritual quanto á los mismos ejercicios, en el cual por ventura consiste toda ó la mayor parte del magisterio espiritual; y así iremos declarando en particular la doctrina que acerca de él se puede sacar de nuestro libro de los *Ejercicios*.

Pues para dar principio á este punto traigamos á la memoria la historia de Helí y de Samuel, que tocamos en el capítulo pasado, cuando Helí instruyó á Samuel para que oyese á Dios, y Dios hablase con él. En el qual hallamos tres diferentes personas, conviene á saber, á Dios nuestro Señor, á Helí y á Samuel; y estos dos nos representan al maestro que nos da los ejercicios, y al discípulo que los hace; y si bien consideramos lo que